

BRASIL. POLÍTICA Y ARQUITECTURA: UN DIÁLOGO AMBIGUO

Roberto Segre

Entre las múltiples representaciones del Brasil, predominan las imágenes extremas: una idílica y otra satánica. A lo largo del siglo XX, el país se identificó con la exuberancia de su naturaleza, el carácter afable y risueño de la población mestiza y la creatividad de sus manifestaciones artísticas. Carmen Miranda, Walt Disney y Tom Jobim, difundieron *urbe et orbis* la alegría de la samba, del carnaval y la integración de *Zé Carioca* en el contexto americano. Cualidades extendidas por la modelo Giselle Bündchen, el futbolista Ronaldinho y los sofisticados diseños de los hermanos Campana. Pero coexiste la dura realidad de la dilatada pobreza —abarca cuarenta y tres millones de habitantes—, descubierta en los años cuarenta por Orson Welles en la inconclusa película *It's All True*; y hoy reiterada en *Central do Brasil* de Walter Salles y *Cidade de Deus* de Fernando Meirelles.

De allí que a pesar de la avalancha de denuncias de corrupción sobre los políticos del Partido de los Trabajadores, el presidente Lula sigue firme en la carrera electoral y en su casi segura reelección. Ello se justifica en el apoyo incondicional de la población de escasos recursos —y de los intelectuales, entre los que se cuentan ambos premios Pritzker, Niemeyer y Mendes da Rocha—, identificados con la figura de un mandatario de extracción obrera. Existe una clara conciencia de que el regreso de un gobernante “burgués”, sería un retroceso en las múltiples iniciativas del gobierno popular —en contraste con la proliferación de torres con mansardas y *shoppings* neoclásicos promovidos por las elites—, que ayudaron a millones de habitantes a salir de la angustiante miseria, aún visible en la región nordeste del País.

ROBERTO SEGRE PRANDO. Arquitecto. Doctor en Ciencias del Arte y en Planeamiento Urbano. Profesor Consultante de la Facultad de Arquitectura de La Habana, Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, CUJAE, Ciudad de La Habana, Cuba. Profesor invitado de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil.
E-mail: bobsegre@uol.com.br.

Este texto fue escrito especialmente para *El País*, Madrid. El autor lo ha facilitado para *Arquitectura y Urbanismo*.



Sin embargo, a lo largo del siglo XX resultó ambigua la relación entre política y arquitectura. En los años treinta, Getúlio Vargas, sin una convicción estética definida sobre la arquitectura —en su primera etapa de gobierno, invitó tanto Marcello Piacentini como Le Corbusier—, tuvo conciencia de la importancia de los monumentos estatales como íconos perdurables, y apoyó la construcción del Ministerio de Educación y Salud realizado por Lucio Costa y su equipo con el asesoramiento de Le Corbusier. En los años cincuenta, Juscelino Kubitschek asumió a Oscar Niemeyer como arquitecto “real”, y logró la proeza de la fundación de Brasilia —diseñada por Lucio Costa—, y de su funcionamiento en el breve lapso de su mandato, interviniendo personalmente en la definición de los proyectos. A partir de entonces se cerró el vínculo entre el poder presidencial y la arquitectura, tendencia contraria al resto del mundo como

demonstró Dejan Sudjic. Tanto en las dos décadas de dictadura militar como en los posteriores gobiernos democráticos de Fernando Collor, José Sarney, Fernando Henrique Cardoso y Lula, reinó el silencio sobre la disciplina. En las mil páginas de la autobiografía de Cardoso, entre centenares de nombres citados, no aparece ningún arquitecto; ni expresó su agradecimiento por habitar ocho años en el Palacio de la Alvorada de Brasilia.

El desarrollo arquitectónico y urbanístico estuvo más ligado a iniciativas regionales, estatales y municipales, cuyas obras públicas fueron asumidas por arquitectos de prestigio. Fenómeno que se intensificó en las décadas recientes, en una competencia, no solo entre ciudades, sino también entre políticos de tendencias disímiles. Los representantes de los partidos de izquierda, centro y derecha, no se interesaron en la posición ideológica de los profesionales, sino en su visibilidad y prestigio como proyectistas.

Oscar Niemeyer representa un caso único en América Latina —y quizás en el mundo—, al construir decenas de edificios públicos en todo Brasil, invitado por los políticos de turno, ansiosos de poseer en su ciudad un monumento del Maestro. La primera fue Belo Horizonte con Pampulha (1942), seguida por San Pablo —Ibirapuera (1951) y el reciente auditorio (2005) impulsado por la alcaldesa Marta Suplicy, que lo nombró ciudadano paulista de honor—; y finalmente Brasilia (1960), depositaria del mayor número de ejemplos: acaba de finalizar la Biblioteca Nacional y el Museo de Brasilia. A su vez, Jaime Lerner, gobernador del Estado de Paraná, promovió en Curitiba la realización del Museo de Arte (2002); y el alcalde de Niterói en Río de Janeiro, Roberto Silveira —perteneciente al mismo

partido del gobernador Leonel Brizola, quien en los años ochenta le encargó el Sambódromo y quinientas escuelas primarias esparcidas en áreas de población pobre del Estado –; al finalizar el MAC (1996), imaginó el Camino Niemeyer, con una decena de irregulares edificios situados a lo largo de la costa sobre la bahía de Guanabara. La obsesión por albergar obras de Oscar (en noviembre cumple noventa y nueve años de edad), culminó con el Centro Cultural Oscar Niemeyer en Goiás (2006), y el desafortunado proyecto para el nuevo centro administrativo de Belo Horizonte, promovido por Aécio Neves, gobernador de Minas Gerais.

Una dimensión urbanística integral fue desarrollada por Jaime Lerner en Curitiba a partir de los años setenta –primero alcalde y luego gobernador–, quién logró transformar esta ciudad de media escala en un paradigma del diseño urbano brasileño, con un riguroso control de su crecimiento, las infraestructuras y las áreas verdes, concretados a lo largo de tres décadas de gobierno. Continuidad de varias gestiones administrativas que no fue lograda en Río de Janeiro, por los antagonismos políticos entre el ex-alcalde Luiz Paulo Conde (1996-2000) y el actual, César Maia. Las brillantes iniciativas de *Favela-Bairro* y *Rio-Cidade*, ejecutadas entre los años 1992 y 2000, se paralizaron a partir de ese año, al privilegiar Maia la presencia de arquitectos extranjeros sobre los locales: mientras fracasó el proyecto de Jean Nouvel para el museo Guggenheim, se construye la Ciudad de la Música de Cristian de Portzamparc. Asimismo, resultan lamentables los diseños de las obras de los Juegos Panamericanos del 2007. Más original e innovadora sería para



Remodelación del Edificio de Artesanos (siglo XIX) para Pinacoteca del estado de São Paulo, 1998. Arquitecto Paulo Mendes da Rocha. Arriba (derecha), vista del edificio en el contexto urbano, abajo, interior.

el hedonismo carioca, la Ciudad del Sexo propuesta por el estudiante Igor Vetyemy. Irracionales contradicciones políticas que se revierten negativamente sobre la calidad de vida de la población y que marginan los problemas reales de la ciudad.

Aunque estas tensiones no resultan ajenas a la ciudad de San Pablo –el alcalde José Serra quiso demoler la cubierta de la plaza del Patriarca diseñada por Paulo Mendes da Rocha y ejecutada por la alcaldesa Marta Suplicy–, y a pesar de los diferentes partidos que gobernaron la ciudad y el estado, fueron realizadas significativas obras públicas. A escala regional, en la zona industrial denominada ABC Paulista, en los municipios de Santo André, São Bernardo, São Caetano y otros, bajo la tutela del Partido de los Trabajadores, se construyeron centros escolares, deportivos y museos, proyectados por destacados profesionales: Paulo Mendes da Rocha, Ciro Pironi, Mario Biselli, Brasil Arquitectura, Décio Tozzi y Rafael Perrone. Con posiciones políticas de signo opuesto, el gobernador Mario Covas y la alcaldesa Marta Suplicy, articularon sucesivamente la organización de las infraestructuras de transportes, el reciclaje de edificios históricos y la revitalización del centro urbano. Entre ellas citemos la Pinacoteca de Estado (Premio Mies van der Rohe, 2000); el núcleo administrativo *Poupatempo*, y la terminal de ómnibus urbanos Don Pedro II de Paulo Mendes da Rocha; la estación de FFCC convertida en sala de conciertos, de Nelson Dupré; el Mercado Municipal de Pedro Paulo de Melo Saraiva; las paradas de ómnibus de Barbosa y Corbucci; las intervenciones en las *favelas* de Heliópolis y Paraisópolis de Ruy Ohtake y Hector Vigliecca. Afortunadamente, en el confuso y contradictorio panorama político brasileño, la arquitectura y el urbanismo logran mantener una vida propia y mejorar fragmentariamente la ingrata cotidianidad de la población citadina.



Brasília: Imagen representativa de la arquitectura promovida por el Estado. Lucio Costa y Oscar Niemeyer. Arriba: Plaza de los Tres Poderes. Abajo: Palacio de la Alborada. En la página anterior el Ministerio de Educación y Salud, Río de Janeiro, 1936.

Roberto Segre
Río de Janeiro, 23 de septiembre de 2006.